

**Jesús Pabón, *Bolchevismo y literatura. La novela soviética en sus creaciones típicas*. Madrid / Santander, Antonio Zúñiga editor, 1949.**

José M. FARALDO

*j.faraldo@worldonline.de*

(Zentrum für Zeithistorische Forschung, Potsdam)

Las disciplinas científicas se construyen a lo largo del tiempo, a partir de la acumulación de análisis, de investigaciones, de enseñanzas, de libros en suma. Esta acumulación ha de ser revisada y contada una y otra vez, ha de ser discutida, atacada o alabada, ha de ser traicionada u honrada. Pero para ello sobre todo ha de ser conocida, debe convertirse en una parte consciente y asumida de la propia disciplina. Si esto no es así, si en algún momento ha habido solución de continuidad entre quienes trabajan dentro de una rama científica concreta y sus predecesores, la posibilidad de establecer una relación dialéctica con el pasado se ve quebrada, frustrando la posibilidad de una tradición científica.

Tal cosa ha sucedido en diversos aspectos de las humanidades y las ciencias sociales en España. Una de las subdisciplinas más afectadas por la falta de conexión con el pasado investigador, y castigada por ello con el desprecio hacia el *parvenu*, el pretencioso recién llegado, es la historia de Europa Oriental<sup>1</sup>. Un interés por los países allende el Elba surgió con cierta visibilidad a raíz de la *perestroika*, y después de una ralentización, que en parte coincidió con el cierre del inconstante Instituto de Europa Oriental de la Universidad Complutense (establecido por el rector Villapalos), se han ido estabilizando campos de estudio en los (pocos) lugares, cátedras o departamentos en que se ha prestado atención a las historias rusa, polaca o rumana, en especial. Los trabajos que tienen como objeto propio la historia de aquella “*otra Europa*”, sin referirse a fenómenos con participación española, tienen en común el hecho de haber surgido en un páramo historiográfico, prácticamente, y apoyarse casi exclusivamente en literatura anglosajona, como mucho francesa<sup>2</sup>. Si alguien cita algún libro de un autor español estimado “*clásico*” suele ser de pasada, sin apenas darle entrada en el debate, sin –casi con toda seguridad– haberlo leído. Y ello es una pena, porque el medio científico español ha producido, antes o después, más trabajos sobre el Este de Europa de lo que se piensa. Y lo ha hecho con mayor calidad de lo que se asume<sup>3</sup>. Un excelente ejemplo de ello es el libro poco citado de

---

<sup>1</sup> Término que usamos para simplificar, dada la escasa densidad relativa de trabajos. Más correctas serían otras divisiones regionales como “historia de Europa Centro-oriental”, “Europa Sur-oriental”, o del “Báltico-oriental”, dejando “Europa del Este” para los países eslavos que formaron la URSS. Debería distinguirse además entre estudios sobre el *socialismo de estado* (como historia del bloque del Este) y estudios sobre *comunismo* (como investigaciones de índole política y de relaciones internacionales).

<sup>2</sup> El conocimiento del idioma del país a estudiar, aunque en los últimos tiempos ha mejorado, sigue siendo la mayor debilidad y el mayor problema de quienes, en España, se han decidido por esta disciplina.

<sup>3</sup> José M. Faraldo, “Ad marginem.” *Historische Osteuropaforschung in Spanien. Ein Überblick*, *Ost europa* 56, 3, 2006: 95-103.

Jesús Pabón y Suárez de Urbina (Sevilla, 1902-Madrid, 1976), que fue catedrático en la Universidad de Madrid y al que los que lo conocieron recuerdan como un excelso intérprete de vivencias y un atrayente narrador.

## El autor

Jesús Pabón es recordado hoy día en la profesión por sus propuestas sobre el 98 internacional (que después reformuló Jover) y, sobre todo, por su extraordinaria biografía de Cambó. Obsesionado por el perfil político del catalán, Pabón le dedicó mucho esfuerzo, y contó con acceso privilegiado a su archivo personal. Consiguió una de las obras maestras más indiscutidas de la historiografía española, un “clásico” marcado por el liberalismo culturalista de inspiración política, que reinauguraba en España toda una tradición de escritura biográfica anterior a la guerra. Cabría pensar que, pese al desafecto con el que los tres tomos de la obra fueron recibidos por los historiadores jóvenes en el momento de su publicación, sin el “Cambó” de Pabón, obras posteriores de tipo biográfico como las de Álvarez Junco, Santos Juliá o Riquer no hubieran sido posibles.

Uno de los primeros temas que el monárquico Jesús Pabón tratará en su profesión de historiador fue la irrupción de la Rusia Soviética. A quien había vivido, como hombre de derechas, como diputado de la CEDA por Sevilla en 1933 y 1936, la explosión plural de la Segunda República y el enfrentamiento abierto de la guerra civil, la revolución rusa, modelo esperanzado y alternativo a pesadilla y temor, sólo podía revestir la mayor importancia: “El colosal experimento comunista realizado en la Santa Rusia constituye, desde hace tiempo y de manera progresiva, el gran tema para el hombre civilizado”, dirá para comenzar el libro que comentamos<sup>4</sup>. Y también: “¡Sabemos tan poco de la vida soviética!”.

Pabón reflejó estas preocupaciones del momento en dos breves libros, *Zarismo y bolchevismo (un estudio de mentalidades)*, publicado en Madrid en 1948, y *Bolchevismo y literatura (La novela soviética en sus creaciones típicas)*, del año siguiente. En el prólogo de éste último se apunta la razón por la que el historiador español no se dedicó más a ello, explicando por qué sus energías derivaron hacia otros derroteros: la imposibilidad de un razonable acceso a las fuentes. Pabón definía su libro como “una ventana de papel”, con vistas “no a la Literatura, sino a la Política”, porque reconocía que “aquella necesita de un idioma difícil de dominar y de unos textos inasequibles”. Un imperativo material le obligaba a renunciar a tratamientos más profundos, los que encerraba la verdad literaria.

Pero la dificultad de acceso a las fuentes apenas tiene que ver con lo que conocemos hoy: la forma en que Pabón se hace con los libros que constituyen su materia prima, y que recuerdan todavía quienes comenzaron a trabajar en los 70 del siglo XX en la universidad española, muestra una realidad totalmente distinta de la que vivimos hoy. Uno de aquellos libros se lo trae, de Londres, el librero y editor León Sánchez Cuesta; otro lo encuentra –en traducción italiana– en los sótanos de una gran librería; y algún amigo va consiguiéndole los restantes en traducciones diver-

---

<sup>4</sup> Pabón, *Bolchevismo*, p. 3.

sas, en lugares remotos que Pabón ve más lejos todavía, por el cierre de horizontes que implica la autarquía.

Pese a ello, si comparamos desapasionadamente *Bolchevismo y literatura* con los textos de la entonces naciente soviología americana, comprobamos que la mirada de Pabón no tiene nada que envidiar. Había agotado todas las posibilidades a su alcance, había hecho uso extensivo del abundante caudal de traducciones al castellano de textos soviéticos y soviológicos habidos antes y durante la guerra civil, y aprovechaba también –con cuentagotas y comprensible precaución– lo que al respecto había sido publicado en España tras la victoria franquista. Echaba mano a la literatura científica francesa, anglófona, italiana y alemana, sacándola (imaginamos admirados desde hoy) de todo los rincones y lugares posibles, y había procurado, como él mismo dice, “el trato con los emigrados”.

Esta referencia a los exiliados políticos nos da la clave de algunas de las características de la producción de saber especializado sobre el bloque del Este en la España de Franco: por un lado estaban los informes –a veces muy precisos– de los embajadores en Bonn, Estocolmo, Helsinki o Viena; por otro, una serie de institutos de investigación –Instituto de Estudios Políticos, el Centro de Estudios Orientales etc.–, en los que a veces intervenían emigrados del Este– y por último, una serie de exiliados políticos “de lujo” como Otto de Habsburgo o Francisco de Marossy, que mantenían trato y correspondencia con el propio Franco<sup>5</sup>. No olvidemos que, aparte de refugiados venidos durante la segunda guerra mundial (polacos sobre todo), y de quienes tras la guerra acudieron desde los desaparecidos regímenes fascistas y nacionalistas del Este y Centro de Europa (especialmente rumanos, eslovacos y croatas), el régimen había acogido, como parte de su propaganda anticomunista y de su posicionamiento en el bloque occidental de la guerra fría, a exiliados del Este más jóvenes, a quienes había ofrecido becas, residencia y oportunidad para estudiar<sup>6</sup>.

Se debe sin duda a la escasa flexibilidad de la universidad franquista el hecho de que todo este acopio de material humano quedara desgajado, deslavazado y no consiguiera alcanzar la masa crítica necesaria para crear una comunidad científica arraigada<sup>7</sup>. La diferencia es clara: mientras que buena parte de los emigrados de talante intelectual en Estados Unidos acababan recibiendo la oportunidad de integrarse en el sistema educativo americano, en España esto apenas fue posible. De este modo el poeta polaco José (Józef) Łodowski –que había sido muy apreciado en Polonia antes de la guerra– hubo de vegetar en Madrid, viviendo en una pobreza apenas aliviada por su colaboración con las emisiones en lengua polaca de Radio España, mientras que otro poeta compatriota suyo, Czesław Miłosz, enseñaba en universidades de la Ivy League y se convertía en la voz oficial de la literatura polaca en el extranjero.

<sup>5</sup> Matilde Eiroa, *Las relaciones de Franco con Europa centro-oriental (1939-1955)*, Barcelona 2001

<sup>6</sup> José M. Faraldo, “Defending the Nation in a New Fatherland. Polish Émigrés in Franco’s Spain (1939-1969)”, en: idem. *Europe, Nation, Communism. Essays on Poland*, New York, Frankfurt: Peter Lang Verlag 2008, pp. 93-109.

<sup>7</sup> Aunque un comienzo de ello hubo, las relaciones entre emigrados y quienes se ocupaban del tema eran, en ocasiones, bastante estrechas. Por poner un ejemplo algo banal: yo he venido a poseer algunos libros escritos por Uscatescu o el del mismo Pabón, que pertenecían a las bibliotecas de emigrados como José Cieker o están dedicados a él por sus autores.

En esencia, las múltiples iniciativas individuales, como la de Pabón o la del único emigrado del este que alcanzó un status de importancia en la humanística española –nos referimos por supuesto al rumano Jorge Uscatescu–, quedan como salvas en el vacío, sin apenas consecuencias sobre las generaciones (intelectuales) venideras. Otra cosa sería el cálculo de las secuelas que para el imaginario colectivo español sobre la Europa Oriental tuvo la actividad propagandística, periodística, agitatoria o simplemente narrativa de quienes se dedicaron brevemente –como Pabón– o con mayor consistencia –como el croata Pablo (Pavao) Tiján, el eslovaco Stefan Glej-dura y el propio Uscatescu a analizar, investigar, explicar la historia y la políticas de la “otra Europa”. Es muy posible, que, si sumamos esto a la experiencia –tanto vivida como representada– de la División Azul<sup>8</sup>, y a la acción y producción de los “niños de la guerra” y de los exiliados republicanos en el Este que poco a poco iban regresando, se puedan trazar con bastante claridad los parámetros de comprensión de los países del socialismo real en España, hasta la perestroika.

## La obra

Ya desde la introducción afirma Pabón que su empeño es modesto. “Este libro no pasa de ser un comentario en torno a seis novelas soviéticas”. Mas el autor acude al punto a advertir –pese a la falsa modestia con que se protege– que no se trata de novelas escogidas al azar o halladas casualmente, sino que “me hice con aquellas que quería comentar”. Los “seis puntales” de su estudio son “exactamente aquéllos que, en mi [su] opinión, podían servir al estudio proyectado. Son estas novelas “Bruski” de Panferov<sup>9</sup>, “El Don apacible”, de Chokolhof<sup>10</sup>, “Hidrocentral” de Marieta Chaguiñán<sup>11</sup>, “La vida alegre” de Zochenko<sup>12</sup>, “Envidia” de Olecha<sup>13</sup> y “Nosotros” de Zamiatin<sup>14</sup>.

Pero ya hemos comentado que no se trata de un libro sobre literatura, sino sobre política. Las novelas le sirven a Pabón como evidencia y reflejo de una realidad difícil de conocer, por lejana, cerrada e inaccesible –no olvidemos que corren tanto los años más negros de la autarquía española como la fase más cerrada y paranoide del

---

<sup>8</sup> A la que Xosé Manoel Nuñez Seixas concede crucial importancia para la creación de la imagen de Europa del Este en España. Ver: Nuñez Seixas: Als die spanischen Faschisten (Ost)europa entdeckten: zur Rußlanderfahrung der “Blauen Division” (1941-1944), en: *Totalitarismus und Demokratie...*

<sup>9</sup> Se refiere a Fedor Ivanovich Panferov (1896-1960), novelista y dramaturgo ruso-soviético. “Bruski”, quizás su novela más importante, tenía el subtítulo de “historia de la vida de un campesino en la Rusia Soviética”.

<sup>10</sup> Mijail Aleksandrovich Sholovov, (1905-1984), uno de los más conocidos escritores soviéticos, premio nobel de literatura en 1965.

<sup>11</sup> Marietta Sergeievna Shaginian (1888-1982), novelista, conocida también por sus novelizaciones de la vida de Lenin.

<sup>12</sup> Mijail Mijailovich Zoshenko (1894-1958), uno de los mejores escritores soviéticos, humorista y sarcástico, sus cuentos son la mejor expresión de las contradicciones de la vida cotidiana en el estalinismo.

<sup>13</sup> Yuri Karlovich Olesha (1899-1960), novelista con gran éxito en los años veinte y treinta, bastante olvidado –por poco ortodoxo–, después.

<sup>14</sup> Evgenii Ivanovich Zamiatin, (1884-1937), vanguardista refinado, consiguió permiso para emigrar en los peores años de Stalin, “Nosotros” es una de las grandes novelas antiutópicas del siglo XX.

estalinismo de posguerra. Para contextualizar la información –los *testimonios* los llama– que las novelas le ofrecen, el autor aplica tanto la bibliografía que ha podido recabar, como un sentido común que, además, y esto se percibe a cada paso, se alimenta de su experiencia personal, de su conocimiento del “enemigo” comunista español, de lo que de transnacional tenía el sistema soviético, y que a Pabón le fue dado conocer en los pocos y convulsivos años de la democracia republicana y de la guerra civil.

No hay, sin embargo, en “Bolchevismo y literatura” anticomunismo. No se encuadra el libro en esa literatura radicalmente derechista, ideologizada, que polizontes a sueldo, comunistas arrepentidos y ex-divisionarios llenos de celo publicaban en el franquismo. Asombra la forma en que la honradez científica de Pabón es capaz de superar sus propias convicciones ideológicas, de dejarlas a un lado mientras se dedica a comprender un problema que le interesa humana y científicamente. Comienza, es cierto, el autor asentando con claridad cuál es su punto de partida, en una forma que resulta más bien justificativa, precautoria: “Soy, redondamente, católico, español y monárquico”; se considera “adversario de la Revolución” y afirma verse obligado a explicar esto para evitar “no la censura, sino el extravío en el juicio ajeno”<sup>15</sup>. Y a partir de ahí, Pabón se siente libre de decir lo que quiera, de analizar un fenómeno, el comunismo, que, es evidente, no comparte desde el punto de vista político ni moral, pero que quiere entender tal y como es –para combatirlo– pero no rechazar sin más: “Si el Bolchevismo fuera esa simpleza que tanto se pregona, ni hubiera durado treinta años, ni hubiera resistido a las armas alemanas”<sup>16</sup>.

¿Cual es, para Pabón, la clave del comunismo? Pues algo que desde el libro pionero de Fülöp-Miller (que Pabón, con su perspicacia increíble para un país arruinado, cita) es materia sabida, pero que costó décadas asumir, que llega hasta Richard Pipes –con su polémica con Soljenitsin– y que hoy parece establecida aunque insuficiente y parcial como –parcial, pero inevitable. Pabón, apoyándose en Marx y Engels (¡en la España de 1949!) afirma que “Rusia y el Comunismo son dos elementos de opuesto signo. El Bolchevismo intentó la fusión de ellos”<sup>17</sup>.

A Pabón le fascina esa mezcla que es a la vez combate entre la radical dogmática vanguardista y el obtuso y místico núcleo cultural de la Rusia *Eterna*. Con el análisis de la literatura intenta demostrar la tesis, comprender su alcance, sus contradicciones. Así, en las conclusiones, vuelva a la obra de Olecha, que acaba de descubrir apenas un capítulo antes, afirmando que “Olecha enfrenta al Hombre del Pasado, con sus ideas y sentimientos percederos, al Hombre nuevo, que ha de sustituirle en el Futuro. En el pleito, da la razón al segundo. Pero, en la novela y en el ánimo del lector –y en el suyo, según el parecer soviético–, sobreviven las ideas y los sentimientos viejos, porque no son percederos, sino inherentes a la naturaleza humana”<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> Pabón, *Bolchevismo*, XVIII.

<sup>16</sup> Y la libertad de Pabón comienza desde la propia dedicatoria del libro donde, por medio del recurso a un amigo común, trae a la memoria del lector a Antonio Machado, introduciendo entre líneas un elemento de protesta contra la ideología del primer franquismo que resulta clarísima en un libro como el que sus palabras encabezan.

<sup>17</sup> Pabón, *Bolchevismo*, XIX.

<sup>18</sup> Pabón, *Bolchevismo*, 168.

Para analizar todo ello, para conocer si Ortega tenía razón cuando preguntaba por “una traducción del marxismo de Stalin a la historia de Rusia”, Pabón desarrolla una metodología que él denomina “mirada oblicua”, “punto de vista distinto, que corrige o completa lo percibido por ojos que miran directa o inocentemente”<sup>19</sup>.

Y he aquí la otra gran proeza de Pabón: aparte de escoger un tema de por sí difícil, y hallando los medios para poder coronar con éxito la empresa, el historiador se enfrenta al material con un análisis que es proto-semiótico, intentando leer los signos que la Unión Soviética emite en forma de literatura y –con ayuda de su conocimiento del contexto– interpretándolos de una forma sumamente compleja y, aún hoy día, cincuenta años después, totalmente satisfactoria. Si echamos un vistazo rápido a la construcción del libro nos encontramos con que se divide en tres partes: Política y Arte (con los capítulos: El problema; Los principios; Los hombres; El tiempo y el campo); una parte segunda con el título de Proletarios e Intelectuales (capítulos: El pleito político-literario; Los escritores proletarios; Los escritores intelectuales) y la tercera parte denominada La Colectividad y el Hombre (con los capítulos: El Bolchevismo y la Masa; Lo humano en el Comunismo; A modo de epílogo). Ya sólo con enunciar el título de los capítulos (y no hablamos de los epígrafes dentro de los capítulos, como por ejemplo: Lenin y Trotsky ante sus bustos; La evasión de los poetas; El vértigo del Plan; El pasado de Marieta Chaguiñán; Respuesta a una posible observación) nos damos cuenta de lo lejos que está este libro de la historiografía factográfica e idealista del primer franquismo. De hecho, su culturalismo a conciencia –que hunde sus raíces en la historia de la civilización al estilo centroeuropeo– nos permite vislumbrar también algo del futuro: parece que la propia materia a analizar en el libro –el vanguardismo literario– ha contagiado a Pabón y le ha obligado a dar un paso más allá, inaugurando una historia cultural que, sin necesidad de recurrir a la escuela de Annales y a la banalidad del economicismo, pretende una comprensión global del sujeto histórico.

*Bolchevismo y literatura* recibió el Premio Nacional de Literatura “Francisco Franco” en 1949, pero sólo *ex-aequo* con *España sin problema* de Rafael Calvo Serer<sup>20</sup>. Este librito representaba una de las cumbres de la megalomanía espiritualista y españolista de los intelectuales que se consideraban a sí mismos –todavía– vencedores de la guerra, y repetía los consabidos esquemas antiliberales de la salvación de Europa a través de la superioridad espiritual de España. Quizás el jurado no se atrevió a dejar sólo al ponderado y libertario ensayo de Pabón, que abogaba también por un espiritualismo, pero de otra índole. Quizás tuvieron miedo de ser señalados como compañeros de viaje, extraviados del comunismo. O quizás, simplemente, no percibieron la intrínseca contradicción entre un reduccionismo católico ya pasado de moda –aunque rechazara el falangismo– y un liberalismo lúcido y un tanto existencialista que, como no podía ser menos en aquella España, también era católico, pero desde luego, no ingenuo ni estúpido.

<sup>19</sup> Pabón, *Bolchevismo*, 169.

<sup>20</sup> Rafael Calvo Serer, *España sin problema*, Madrid, Rialp, 1949

**Pierre Renouvin & Jean-Baptiste Duroselle, *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*, Madrid, Rialp, 1968 [original francés, 1964].**

Rosario DE LA TORRE DEL RÍO  
torrerio@ghis.ucm.es  
(Universidad Complutense de Madrid)

¿Qué debemos entender por *historia de las relaciones internacionales*? Es ésta una pregunta que merece la pena seguir planteando, entre otras cosas porque el territorio de la historia se encuentra rodeado por vecinos más poderosos o más ambiciosos que vienen utilizando los hechos históricos para validar sus planteamientos. Como ejemplo, véase el caso de la ciencia de las relaciones internacionales, que estudia las relaciones entre los Estados en su forma presente con el fin de sacar de ello aplicaciones prácticas sobre el derecho internacional o la ciencia política, y que utiliza las referencias del pasado como ejemplos para analizar ese presente. En ese caso, como en otros que protagonizan economistas, sociólogos o politólogos, los hechos del pasado son sólo ejemplos para demostrar una teoría. Desde el mayor respeto hacia los objetivos y los logros de las ciencias sociales y hacia su derecho a utilizar como estimen conveniente los hechos del pasado, entiendo que sigue correspondiendo a los historiadores el trabajo de colocar los hechos del pasado en un conjunto más amplio y, si es posible, más completo. Para nosotros historiadores, el pasado no es sólo algo útil para una demostración, es el centro de la demostración.

Pero si, en primer lugar, entendemos que la historia es un intento de reconstrucción y de explicación de las acciones humanas del pasado y que, por lo tanto, importa reconstruir las diversas actividades, económicas, sociales, políticas y culturales, si, en segundo lugar, aceptamos que el estudio de la historia tiene como objetivo principal, no el establecimiento de leyes con validez presente, sino la *simple* explicación de lo que fue, y si, finalmente, nos interesa sobre todo la *historia de las relaciones internacionales*, nos encontraremos entre los historiadores que siguen con atención del desarrollo de la escuela francesa de historia de las relaciones internacionales y que, como sus integrantes, consideran el libro que nos ocupa como un referente historiográfico inexcusable, un libro que ha alcanzado la categoría de *clásico* y que, por lo tanto, debería ser lectura obligada de nuestros estudiantes y objeto de reflexión en nuestros cursos.

En efecto, en el amplio catálogo de trabajos que podemos considerar adscritos a la escuela francesa de historia de las relaciones internacionales, ninguno tan paradigmático como el que Pierre Renouvin (1893-1974) y Jean-Baptiste Duroselle (1917-1994) publicaron en 1964 con el título *Introduction à l'histoire des relations internationales*<sup>21</sup>. Se trata de un libro que quiere ser un punto de apoyo para los investigadores

---

<sup>21</sup> Pierre Renouvin & Jean-Baptiste Duroselle (1964), *Introduction à l'histoire des relations internationales*, París, Armand Colin, 521 páginas. Entendiendo que se trata de un libro que marcó un "momento" en la investigación histórica francesa, sus reediciones han respetado la primera impresión. Tras el fallecimiento

dedicados al estudio de la historia de las relaciones internacionales y que ha marcado profundamente a una muy buena parte de los historiadores que, desde entonces, han concentrado su atención en la historia de la relaciones entre los Estados intentando aportar los elementos de una explicación que tuviera en cuenta las múltiples influencias que actúan sobre las decisiones políticas.

En realidad, el esfuerzo por profundizar y ampliar la vieja “historia diplomática” es anterior a 1964. La renovación metodológica va apareciendo entre 1934 y 1958, en tres obras previas de Pierre Renouvin: *La crise européenne et la Grande Guerre (1904-1914)* (1934), *La Question d’Extrême-Orient, 1840-1940* (1946) y la *Histoire des relations internationales* (1953-1958). En *La crise européenne et la Grande Guerre (1904-1914)*<sup>22</sup>, Renouvin no sigue el camino de los historiadores que habían abordado la cuestión y que se habían concentrado en la historia militar, y aunque “los acontecimientos” sigan siendo preponderantes, analiza unas “fuerzas” novedosas, “las fuerzas económicas” y “las fuerzas morales” que aparecen en su estudio de las políticas económicas y la acción moral de los gobiernos. En *La Question d’Extrême-Orient, 1840-1940*<sup>23</sup>, Renouvin aborda exclusivamente los problemas internacionales y lo hace en función de “las fuerzas profundas”; si en la introducción señala que todo procede de la enorme población asiática y de la voluntad de los europeos de acceder a sus mercados, incorpora a la explicación de los acontecimientos —a veces, de manera preponderante— toda una serie de fenómenos materiales, psicológicos y colectivos. Sin duda, nuestro autor estaba en disposición de sistematizar su idea de cómo explicar los hechos internacionales del pasado. La *Histoire des relations internationales*<sup>24</sup> apareció entre 1953 y 1958, en ocho volúmenes; Renouvin, que escribió los cuatro últimos, concibió y dirigió el conjunto, y en cada uno de los prólogos hace explícito por primera vez el nuevo método para llevar su interpretación de las relaciones entre las naciones más allá del “horizonte de las cancillerías”, en busca de los elementos de una “explicación” más amplia:

“Los autores de esta *Historia de las relaciones internacionales* se han guardado mucho de realizar *a priori* una elección entre esas grandes corrientes de interpretación histórica y de pronunciarse por una en exclusiva. Cada uno tiene, por supuesto, su concepción personal, su temperamento, sus preferencias; pero están todos convencidos de que

---

de Renouvin, Duroselle añadió, para la cuarta edición (1991), un suplemento bibliográfico a continuación de la bibliografía original. La primera edición en español, al alterar el título de la obra, despistó sobre su contenido: *Introducción a la política internacional*, Madrid, Rialp, 1968. Recientemente he aparecido una nueva edición en español que traduce la cuarta edición francesa: *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*, México, FCE, 2000.

<sup>22</sup> Pierre Renouvin (1934) *La crise européenne et la Grande Guerre (1904-1914)*, Paris, F. Alcan. 2ª ed. revisada y aumentada, 1939. 3ª ed. refundida y aumentada, Presses Universitaires de France, 1948. 4ª ed. revisada y aumentada, 1962.

<sup>23</sup> Pierre Renouvin (1946) *La Question d’Extrême-Orient, 1840-1940*, Paris, Hachette.

<sup>24</sup> Pierre Reouvin (dir.) (1953-1958), *Histoire des relations internationales*, Paris, Hachette, 8 volúmenes. Los colaboradores son: François L. Ganshof para la Edad Media, Gaston Zeller para los Tiempos Modernos y André Figier para la Época de Revolución e Imperio. Renouvin redactó los 4 volúmenes dedicados al siglo XIX y a la primera mitad del XX. La primera edición en español de los volúmenes de Renouvin fue: *Historia de las relaciones internacionales*, Madrid, Aguilar, 1960, 2 tomos en 4 volúmenes, en 1982 la reeditó Akal (Madrid) en un sólo volumen.

el historiador no debe *aislar* un aspecto de la verdad, y que tiene el deber de buscar por todas partes –sin oponer los temas *mayores* a los temas *menores*– los elementos de una explicación”<sup>25</sup>.

Lo significativo es que esta precisión va seguida de una rápida evocación de diversos aspectos de la vida de las sociedades que debe tener en consideración el historiador de las relaciones internacionales.

Comparar los cuatro volúmenes de Renouvin con cualquiera de las grandes síntesis francesas publicadas con antelación, supone saltar de dos a tres dimensiones. Para cada uno de los períodos, Renouvin analiza “las fuerzas profundas” y “los hombres de Estado” antes de entrar en un recorrido voluntariamente resumido de los acontecimientos; pero, a cada instante, el autor vuelve a “las fuerzas profundas” previamente analizadas y, a la conclusión de cada libro, un pequeño balance intenta medir la importancia relativa de las causas. Los planteamientos de Renouvin fueron acogidos con un entusiasmo como el que muestra, en 1961, el norteamericano S. W. Halperin: “La lucidez y la maravillosa densidad de su trabajo, que ha provocado la admiración universal, rivalizan con una indiferencia casi olímpica, con la combinación de un agudo sentido común y una fría objetividad... una verdadera proeza que sobrepasa a todas las obras anteriores de dimensiones comparables”<sup>26</sup>. En cualquier caso, no es posible ignorar lo que ha hecho Renouvin, lo que explica que en 1972 Jacques Droz se sienta obligado a decir a los lectores de la tercera edición de su *Histoire diplomatique de 1648 à 1919*:

“Después de que este libro saliera de la imprenta, una obra capital ha transformado profundamente el estudio y la interpretación de la historia diplomática: la *Historia de las relaciones internacionales*, publicada bajo la dirección de Pierre Renouvin. Se trata, no de un manual, sino de un esfuerzo de síntesis, que deja un gran espacio a la exposición de los fenómenos económicos, demográficos y sociales así como a los movimientos de psicología colectiva, que plantea en cada página problemas de método histórico y que busca situar las relaciones internacionales en el cuadro de la historia general. No sería concebible que en una nueva edición no fueran tenidas en cuenta las sugerencias que supone esta obra”<sup>27</sup>.

Pues bien, tras intentar renovar la historiografía –reconociendo las lagunas y, por tanto, las incertidumbres–, Renouvin se planteó dar una forma más sistemática a su método. Como señala Duroselle, no porque creyera en “leyes históricas”, sino porque le parecía posible y útil estudiar específicamente cada una de las grandes fuerzas reveladas por la investigación y la observación<sup>28</sup>. Ese es el objeto de la *Introduc-*

---

<sup>25</sup> *Idem*, tomo I, Introduction générale, p. XV.

<sup>26</sup> S. William Halperin (1961), “Pierre Renouvin” en *Some XXth Century Historians, Essays on eminent Europeans*, Chicago, pp. 143-170. Citado en Jean-Baptiste Duroselle, “De l’histoire diplomatique à l’histoire des relations internationales” en *Mélanges Pierre Renouvin. Études d’histoire des relations internationales*, Paris, Presses Universitaires de France, 1966, pp. 1-15.

<sup>27</sup> Jacques Droz (1972), *Histoire diplomatique de 1648 à 1919*, Paris, Dalloz, avertissement pour la troisième édition.

<sup>28</sup> Duroselle, “De l’histoire diplomatique à...”, p. 5.

*tion à les relations internationales*, publicado en 1964 y del que Renouvin redacta casi las dos terceras partes del libro, la parte dedicada a “las fuerzas profundas”. Al asociar a su empeño a un destacado discípulo, Jean-Baptiste Duroselle<sup>29</sup>, al que encarga el análisis de “el estadista” y “la decisión”, Renouvin busca dar a la *Introduction* una dimensión más ambiciosa. En 1985, en el marco del coloquio organizado por el *Institut Pierre Renouvin* para analizar el impacto de la *Introduction* en la historiografía veinte años después de su publicación<sup>30</sup>, Duroselle evocó las condiciones en las que la obra fue elaborada señalando que las diferencias de formación entre Renouvin y él habían influido en sus concepciones: Renouvin había sido tentado por los estudios jurídicos, él por la filosofía; por otra parte, él, en sus estancias en Estados Unidos, había podido leer numerosas obras de ciencia política norteamericana que Renouvin ignoraba. Duroselle terminaba su intervención señalando que esa fue la razón de que su parte del libro incluyera un capítulo mostrando cómo han influido las fuerzas profundas en los estadistas<sup>31</sup>. Pero, cuidado, no se trataba de elaborar una teoría de las relaciones internacionales que se sirviera de ejemplos históricos, se trataba de mirar al pasado con otro objetivo.

Para entender el significado del libro, conviene no perder de vista que nuestros autores consideran que es la acción de los Estados la que se encuentra en el centro de las relaciones internacionales y que, colocándose en ese marco, consideran también que la historia diplomática –que estudia las iniciativas de los gobiernos, sus decisiones y, en la medida en que puede hacerlo, sus intenciones– está muy lejos de aportar los elementos de una correcta explicación histórica. Para comprender la acción diplomática, nuestros autores consideran que los historiadores deben intentar explicar las influencias que han orientado su curso. Así, las condiciones geográficas, los movimientos demográficos, los intereses económicos y financieros, las características de la mentalidad colectiva, las grandes corrientes sentimentales nos muestran “las fuerzas profundas” que han formado el marco de las relaciones entre los grupos humanos y que, en gran medida, han determinado su naturaleza. En sus proyectos y en sus decisiones, el estadista no puede ignorarlas; experimenta su influencia y está obligado a admitir los límites que le imponen. Si el estadista posee la inteligencia y el carácter que le permitan franquear esos límites, puede tratar de modificar el juego de esas fuerzas profundas y utilizarlas para sus propios fines. Estudiar las relaciones internacionales sin tener en cuenta, como se debe, las ideas, los sentimientos y los métodos del estadista equivale –según nuestros autores– a ignorar un factor a veces esencial de la explicación, sobre todo cuando lo que explicamos son “catástrofes”.

---

<sup>29</sup> Autor de una tesis doctoral sobre los orígenes del catolicismo social en Francia, Duroselle se había pasado a la historia de la política internacional con su libro *De Wilson a Roosevelt. Politique étrangère des États Unis, 1913-1945*, Paris, Armand Colin, 1961. En una recensión de *L'Histoire* de Renouvin, Duroselle había propuesto incluir “la voluntad de potencia” en el catálogo de “las fuerzas profundas”, en el mismo plano que “las fuerzas económicas” y “las fuerzas espirituales”. *Revue d'histoire moderne et contemporaine* VI (juil.-sept. 1959, pp. 230-240).

<sup>30</sup> Coloquio “Vingt ans d'histoire des relations internationales”, París 25 –26 enero 1985 organizado por el *Institut Pierre Renouvin*, sucesor del *Institut d'Histoire des Relations Internationales Contemporaines* (IHRIC). Sus aportaciones y debates fundamentales fueron publicados por su revista *Relations internationales* 41-42, printemps 1985.

<sup>31</sup> *Relations internationales* 42 (printemps 1985) pp. 228.

Volvamos ahora a las dos partes en las que se ordena el libro. En la primera parte –casi dos tercios de sus páginas– Renouvin estudia cómo se ha manifestado la influencia de “las fuerzas profundas” en las relaciones internacionales en la época contemporánea, es decir, desde que tuvieron lugar las grandes transformaciones económicas y se afirmaron con vigor singular las distintas formas del sentimiento nacional. Apoyándose en la historiografía y en su propia experiencia investigadora, el autor muestra con ejemplos el juego de esas fuerzas, que para ser “profundas” deben ser “colectivas” y “durables”, señala las dificultades de su interpretación y estima el alcance de las influencias de los factores geográficos, las condiciones demográficas, las fuerzas económicas, las cuestiones financieras, el sentimiento nacional y el sentimiento pacifista.

En la segunda parte Duroselle examina, mediante análisis comparados, qué papel han tenido, en ciertas ocasiones, la personalidad y las ideas del estadista, sus concepciones de la idea del “interés nacional”, la relación de su carácter y su temperamento con su política, las condiciones en las que tomó las decisiones. Aquí encontramos también el enlace más evidente entre las dos partes del libro, que no es otro que el análisis que realiza Duroselle de los procesos concretos y singulares a través de los que “las fuerzas profundas” determinan o condicionan “la decisión” del estadista. En las dos partes del libro, los autores no sólo intentan construir una explicación razonada de un conjunto de hechos históricos, sobre todo sugieren un método para acercarse a las cuestiones tratadas a la vez que precisan los resultados de la historiografía y sus lagunas.

Así, aunque los autores se afirmen en el estudio de “hechos singulares”, defienden con la misma firmeza la necesidad de estudiar también “los encadenamientos” sin que esto quiera decir que intenten formular “teorías generales”. Si bien quedaba establecida así la distancia entre los presupuestos de la nueva escuela francesa de historia de las relaciones internacionales y los presupuestos de las nuevas ciencias sociales, para las que son inexcusables “las generalizaciones”<sup>32</sup>, quedaba establecida también la gran ambición de construir una explicación histórica que tuviera en cuenta todas las formas posibles de las relaciones entre los hombres separados por fronteras y que se atreviera a ordenar los diversos factores privilegiando alguno, no tanto de manera general, como para los casos singulares estudiados.

Tras el medio siglo transcurrido, las consecuencias de aquella reflexión metodológica en el desarrollo de la historia de las relaciones internacionales son –a mi juicio– muy importantes ya que, si bien desde el punto de vista metodológico no parece que se haya avanzado mucho más<sup>33</sup>, desde el punto de vista de la producción de estudios monográficos el resultado –visto desde España– es espectacular. Para comprobar cómo la historia de las relaciones internacionales ha ido ampliando su territorio y profundizando en sus planteamientos, pienso que bastan unas pocas referencias. Podemos, en primer lugar, repasar las obras de René Girault, Jacques Freymond, Jacques Thobie, Yves Lacoste, Maurice Vaïsse, Jean-Claude Allain, Pierre Milza y Pierre Guillen, los historiadores a los que el *Institut Pierre Renouvin* encar-

---

<sup>32</sup> Jean-Baptiste Duroselle (1981), *Tout empire périra. Théorie des relations internationales*, Paris, Publications de la Sorbonne. Ver en concreto “Introduction. Une Théorie à base d’Histoire”, pp. 17-40.

<sup>33</sup> Elena Hernández Sandoica (2004), *Tendencias historiográficas actuales*, Madrid, Akal, pp. 427-429.

gó en 1984 el análisis del impacto de la *Introducción* en la historiografía a los veinte años de su publicación<sup>34</sup>. En segundo lugar podemos revisar los índices de la revista *Relations internationales*, fundada en 1974 y principal órgano de expresión de la escuela. En tercer lugar, nos puede servir de termómetro la lectura de los tres tomos de la *Histoire de relations internationales contemporaines*<sup>35</sup> que desde 1979 viene publicando la editorial Masson; sus autores, René Girault, Robert Frank y Jacques Thobie son grandes figuras de la escuela y, como su objetivo es construir una nueva gran síntesis capaz de integrar sus resultados, si comparamos la explicación que nos ofrecen de la historia de las relaciones internacionales contemporáneas con la de Renouvin, advertiremos el camino recorrido.

Finalmente, podemos entrar en la página web del *Institut Pierre Renouvin* (Universidad de La Sorbonne 1)<sup>36</sup> y ver los cursos que ofrece su master universitario. Un somero repaso de esas cuatro referencias nos ayudaría a precisar los límites del impacto del libro que nos ocupa en la historia de las relaciones internacionales del último medio siglo, la importancia relativa de las distintas generaciones de historiadores, sus éxitos y sus fracasos a la hora de desarrollar el concepto de “fuerzas profundas” a través de la ambición de una “historia total”; sus éxitos y sus fracasos a la hora de explicar “la decisión” sin dejar de tener en cuenta nada de lo que pudiese influir en ella, con la ambición de jerarquizar esas influencias.

A la vista de todo lo anterior ¿qué sigue aconsejando aquella vieja reflexión metodológica de Renouvin y Duroselle a los historiadores actuales de las relaciones internacionales? A mi juicio fundamentalmente esto: que sustituyan los espacios en blanco por hipótesis, que coloquen los hechos en un cuadro más general que tenga en cuenta tanto “las fuerzas profundas” como la necesidad de reconstruir las concepciones ideológicas y psicológicas de los dirigentes, que identifiquen los diferentes actores y sus lógicas propias, los medios que tuvieron para estar informados y el margen de alternativas presente en cada decisión, que reconstruyan las mentalidades que caracterizan al poder y a la sociedad en su conjunto, que valoren la influencia de las opiniones públicas; que, por encima de todo, busquen una explicación razonada que integre y ordene –sin limitarse a yuxtaponerlas– todas las influencias que actúan sobre las relaciones de los hombres separados por las fronteras. Todo ello sin olvidar que “el único medio de evitar los errores más importantes es, para el historiador, conservar una constante disponibilidad de espíritu”<sup>37</sup>. Ya me gustaría a mí contarme entre los que han seguido con éxito estos consejos.

---

<sup>34</sup> Coloquio “Vingt ans d’histoire des relations internationales”, París 25 –26 enero 1985 organizado por el *Institut Pierre Renouvin*, ver nota 6.

<sup>35</sup> René Girault (1979), *Diplomatie Européenne et impérialismes. Histoire des relations Internationales contemporaines, tome 1: 1871-1914*, París, Masson. René Girault et Robert Frank (1988) *Turbulente Europe et nouveaux mondes. Histoire des relations internationales contemporaines, tome 2: 1914-1941*, París, Masson. René Girault & Robert Frank & Jacques Thobie (1993) *La loi des géants 1941-1964. Histoire des relations internationales contemporaines, tome 3*, París, Masson.

<sup>36</sup> <http://ipr.univ-paris1.fr/>

<sup>37</sup> Renouvin & Duroselle, *Introduction...*, p. 54.